

29. Justicia y Vida

E. J. Waggoner

Aunque el Evangelio es un gran misterio, es sin embargo sumamente sencillo. Unos pocos principios, fácilmente comprensibles, cubren cada fase posible del mismo. Solo *dos cosas* necesitan ser entendidas: la necesidad del hombre y la capacidad y disposición de Dios para suplir esa necesidad.

En primer lugar, encontramos que todos los hombres son pecadores. «Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.» (Romanos 3:10-12, RVR1960). «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,» (Romanos 3:23, RVR1960).

El pecado es parte del ser mismo del hombre; de hecho, puede decirse que es el hombre. Cristo, que sabía lo que había en el hombre, dijo: «Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.» (Marcos 7:21-23, RVR1960). Estas cosas malas proceden del corazón, no de unos pocos hombres, o de una clase particular de hombres, sino de todos los hombres, de la humanidad. Ahora se nos dice que «son vida a los que las hallan.» (Proverbios 4:22, RVR1960). Por lo tanto, sabemos que estas cosas malas son la vida misma de los hombres. Esto significa que la vida del hombre por naturaleza es *pecado*.

Pero el pecado significa muerte. «Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz.» (Romanos 8:6, RVR1960). «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.» (Romanos 5:12, RVR1960). Así vemos que el pecado lleva consigo la muerte. La muerte brota del pecado, porque «ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley.» (1 Corintios 15:56, RVR1960). «Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado,

da a luz la muerte.» (Santiago 1:15, RVR1960). De estos textos aprendemos que en el pecado está envuelta la muerte. Por la misericordia de Dios, el pecado no produce inmediatamente la muerte del individuo, porque el Señor es paciente, «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.» (2 Pedro 3:9, RVR1960). Así, Él da a los hombres la oportunidad de arrepentirse. Si lo hacen, el pecado será quitado y, por supuesto, serán librados de la muerte. Pero si se niegan a arrepentirse y demuestran que aman el pecado, este produce lo que hay en él, a saber, la muerte. Muchos otros textos podrían citarse para mostrar que el pecado significa muerte, pero estos son suficientes por el momento. Que el lector examine, si lo desea, Juan 3:36; Deuteronomio 30:15-20, en conexión con Deuteronomio 11:26-28; Romanos 5:20, 21; 7:24.

El pecado y la muerte son, por lo tanto, inseparables. Donde se encuentra uno, allí está el otro. Salvar del pecado es salvar de la muerte. La salvación no significa simplemente la liberación de las consecuencias del pecado, sino del *pecado mismo*. El plan de salvación no es, como algunos han supuesto, un esquema por el cual las personas son libres de pecar tanto como quieran, con la confianza de que una profesión de fe los salvará del justo merecido de su mal obrar. Por el contrario, es un plan para la completa liberación del hombre del pecado, de modo que no haya causa de muerte. Así como no puede haber muerte sin pecado, tampoco puede haber vida sin justicia.

Pero, ¿de dónde obtendrá el hombre la justicia? No puede obtenerla de sí mismo, porque no tiene nada más que pecado en sí mismo. «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.» (Romanos 7:18, RVR1960). «Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.» (Romanos 8:7-8, RVR1960). Puesto que toda la vida es pecado, como ya hemos visto, es evidente que la única manera de obtener la bondad es obtener *otra vida*. Eso es lo que ofrece el Evangelio.

Mientras el hombre es malo, Dios es bueno. Él no solo es bueno, sino que es el *único* que es bueno. Escuchen las palabras del Salvador al joven que vino corriendo a preguntarle: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios.» (Marcos 10:17-18, RVR1960). Esto es

absoluto. No excluye a Cristo, porque Cristo es Dios (Juan 1:1). «Dios estaba en Cristo». La vida del Padre y del Hijo son la misma (Juan 6:57).

No hay bondad aparte de Dios. La bondad no es un sentimiento, sino una cosa real. No puede haber bondad aparte de las acciones. No flota en el aire como el aroma de las flores. Así como no puede haber dulzura aparte de algo que sea dulce, y así como no hay salinidad aparte de la sal, tampoco hay bondad aparte de las buenas obras. Todos los caminos de Dios son buenos y rectos. Sus caminos están descritos de manera concisa pero completa en Su ley. «Sus caminos notificó a Moisés,

Y a los hijos de Israel sus obras.» (Salmos 103:7, RVR1960).

«Bienaventurados los perfectos de camino,

Los que andan en la ley de Jehová.» (Salmos 119:1, RVR1960).

Como la ley de Dios describe Sus caminos, y todos Sus caminos son rectos, Su ley es llamada Su justicia. Así leemos: «Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra; porque los cielos serán deshechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir, y de la misma manera perecerán sus moradores; pero mi salvación será para siempre, mi justicia no perecerá. Oídme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley. No temáis afrenta de hombre, ni desmayéis por sus ultrajes.» (Isaías 51:6-7, RVR1960). La ley de Dios es Su justicia, y Su justicia consiste en obras activas; por lo tanto, la ley de Dios es la vida de Dios. Su vida es el estándar de la justicia. Aquello que es como Su vida es recto, y todo lo que difiere de Su vida es incorrecto.

No se nos deja en la ignorancia de lo que es la vida de Dios, porque Él la ha vivido ante los hombres, en la persona de Jesucristo. La ley de Dios estaba en Su corazón (Salmo 40:8), y del corazón manan las fuentes de la vida; por lo tanto, la ley de Dios era Su vida. Como dice Isaac Watts:

Mi bendito Redentor y mi Señor,

Leo mi deber en Tu palabra;

Pero en Tu vida la ley aparece

Trazada en caracteres vivientes.

El Espíritu del Señor estaba sobre Él (Lucas 4:18), y «Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.» (2 Corintios 3:17, RVR1960). Por lo tanto, la vida de Dios en Cristo es «la perfecta ley de la libertad», cuya permanencia hace que un hombre sea bienaventurado en su obra (Santiago 1:25). Ninguna otra vida se ha visto en este mundo que estuviera libre de pecado. Los hombres se han agotado y han gastado su propia vida intentando vivir vidas justas, y han fracasado invariablemente. Todos saben que son pecadores. No hay quien no reconozca que podría haber hecho mejor algunas cosas de las que ha hecho; y no hay quien no haya dicho o pensado en algún momento de su vida que iba a mejorar; y con ello demuestran que saben que han pecado. La conciencia de todo hombre lo acusa, incluso si no ha sido instruido en la ley de Dios (Romanos 2:14, 15).

Puesto que la vida de todo hombre es pecado en sí misma, y solo tiene una vida, y la justicia no puede ser fabricada a partir del pecado, es evidente que la única manera en que cualquier hombre puede obtener justicia es obteniendo *otra vida*. Y puesto que la única vida justa jamás conocida es la vida de Dios en Cristo, es claro que el pecador debe obtener la *vida de Cristo*. Esto no es ni más ni menos que vivir la vida cristiana. La vida cristiana es la vida de Cristo.

Pero que nadie piense que puede vivir esta vida *por sí mismo*. Es evidente que no podemos vivir otra vida con nuestra vieja vida, la que siempre hemos vivido. Para vivir otra vida, debemos tener otra vida. Y nadie puede vivir la vida de otro. Ningún hombre puede vivir la vida ni siquiera de su amigo más íntimo; porque en primer lugar no puede imitar con éxito las cosas con las que está familiarizado en ese amigo, y en segundo lugar, no puede conocer la vida interior de esa otra persona. ¡Cuánto menos, entonces, puede uno vivir la vida infinita de Cristo! La gente a veces intenta hacerse pasar por otra persona, pero invariablemente son detectados en el fraude; así debe ser con quien se propone vivir la vida de Cristo. Miles de personas están intentando vivir la vida cristiana, pero la causa de su fracaso es que están tratando de vivir la vida de Cristo con la suya propia.

¿Qué se puede hacer, entonces? ¿No hay posibilidad de vivir la vida cristiana? Sí, la hay, pero hay que permitir que *Cristo la viva*. Los hombres deben contentarse con renunciar a sus vidas pecaminosas e inútiles, y considerarse muertos, *simplemente nada*. Entonces, si realmente están muertos con Cristo, también vivirán con Él. Entonces será con ellos como fue con Pablo: «Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo

estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:19-20, RVR1960). Cuando se permite que Cristo viva Su propia vida en un hombre, entonces, y solo entonces, la vida de ese hombre estará en armonía con la ley de Dios. Entonces tendrá justicia, porque tiene la única vida en la que hay justicia.

Si alguno tiene dudas sobre cómo se puede obtener la vida de Cristo, que lea el relato de Sus milagros, cómo sanó a los enfermos y resucitó a los muertos. Lea cómo dio nueva vida a la pobre mujer cuya vida se consumía día a día (Lucas 8:43-48). Lea cómo dio vida a Lázaro y a la hija del gobernante. Aprenda que Su palabra es una palabra viva, con poder para dar vida a todos los que la reciben con fe. Aprenda que la vida de Cristo está en Su palabra, de modo que cuando la palabra es oída y creída, Cristo mismo mora en el corazón por la fe (Efesios 3:17). Que estas cosas sean realidades vivas, y ciertamente tendrán vida por Su nombre.

PT, 6 de octubre de 1892